

CANTABRIA

*RÍOS Y
COSTAS*



CANTABRIA

—RIOS Y COSTAS—

FOTOGRAFIA:

JUAN JOSE PASCUAL LOBO



Director-Editor:

Juan Agero

Dirección artística:

Mercedes Agero Jacobsen

Maquetación:

Alfonso F. Pacheco

Textos:

Pablo Beltrán de Heredia

(Profesor Emérito de la Universidad de Texas en Austin (USA)).

Benito Madariaga de la Campa

(Cronista Oficial de Santander)

Carmen González Echegaray

(Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia).

José Luis Casado Soto

(Director del Museo Marítimo del Cantábrico).

Joaquín González Echegaray

(Académico Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando).

Aurelio García Cantalapiedra

(Ex-director de «Peña Labra», revista de poesía).

Florencio de la Lama Bulnes

(Ex-director de «El Diario Montañés» y de la «Hoja del Lunes» de Santander).

Rafael Gómez de Tudanca

(Conservador del Museo Casona de Tudanca. Escritor).

Miguel Ángel García Guinea

(Ex-director del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. Profesor Universitario).

Fotografía:

Juan José Pascual Lobo

Colaboradores fotográficos:

José Luis González Grande: Págs. 138, 139, 174.

Luis Oti: Págs. 53, 177.

Manuel R. González Morales: Pág. 85.

Colección particular de Rufo de Francisco. Laredo: Pág. 76.

Museo Marítimo del Cantábrico: Págs. 14, 62, 70, 126, 129.

Museo Municipal de Bellas Artes de Santander: Págs. 32, 44.

Diputación Regional de Cantabria (Marta Mozo): Pág. 238.

Cartografía:

Juan Carlos García Codron

Julián Alonso del Val

© Agedime, S.L.—Editorial Mediterráneo

Editorial Cantabria, S.A.

Con la colaboración de Caja Cantabria

ISBN: 84-7156-266-9

Depósito Legal: M-4.674-1994

Fotocomposición: **Safekat, S. L.** Fotomecánica: **Pentados, S. A.**

Impresión: **Artes Gráficas Palermo, S. L.** Encuadernación: **Ramos, S. A.**

| | |
|---|-----|
| Presentación | 5 |
| Prefacio | 7 |
| Prólogo Pablo Beltrán de Heredia | 9 |
| Bahía de Santander Benito Madariaga de la Campa | 13 |
| Río Miera Carmen González Echegaray | 45 |
| Costa Oriental José Luis Casado Soto | 61 |
| Río Agüera Joaquín González Echegaray | 93 |
| Río Asón Benito Madariaga de la Campa | 109 |
| Costa Occidental José Luis Casado Soto | 125 |
| Río Pas-Pisueña Carmen González Echegaray | 157 |
| Río Saja Aurelio García Cantalapiedra | 173 |
| Río Besaya Aurelio García Cantalapiedra | 189 |
| Río Deva Florencio de la Lama Bulnes | 205 |
| Río Nansa Rafael Gómez de Tudanca | 221 |
| Río Ebro Miguel Angel García Guinea | 237 |

Bahía de Santander



DATOS DE INTERES

MUNICIPIOS: Piélagos, Santa Cruz de Bezana, Santander, Camargo, El Astillero, Villaescusa, Medio Cudeyo, Marina de Cudeyo, Ribamontán al Mar, Bareyo.

RÍOS Y DESEMBOLCADURAS: Pas (Ría de Mogro), Mina (Ría de la Solía), Romanillo (Ría de San Salvador), Miera (Ría de Cubas), Castanedo (playa de Loredo), Herrera (Ría de Galizano), Bandera (Cuberris), Campiazo (Ría de Ajo).

PLAYAS PRINCIPALES

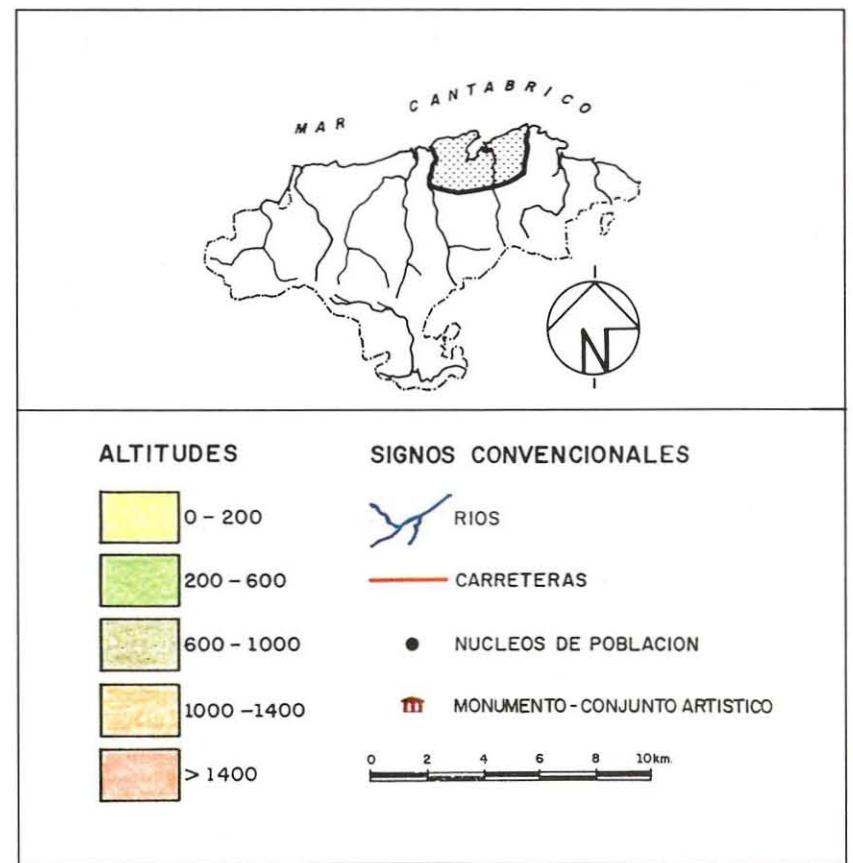
Y EXTENSION MAXIMA: Liencres-Valdearenas (40 Ha), conjunto de pequeñas playas entre Somocueva y Virgen del Mar, playas del Sardinero (20 Ha), La Magdalena-San Martín (5,2 Ha), Puntal-Somo-Loredo (106 Ha), Langre (15 Ha), La Canal-Galizano (5,4 Ha), Cuberris-Ajo (8,2 Ha).

PUERTOS: Santander, diversos muelles y dársenas entre Santander y el Astillero (comercial, pesquero, industrial, recreativo). Pedreña (pesquero y transporte de pasajeros).

ACCIDENTES GEOGRÁFICOS: Punta de Somocueva (Lienres), Isla Virgen del Mar (San Román), Cabos de Lata, Mayor y Menor (Santander), Península de la Magdalena, Islas de Mouro, La Torre y Horadada (Santander), Isla de Pedrosa (Pontejos), Isla de Santa Marina (Loredo), Cabos Quintres y de Ajo (Ajo).

VALORES NATURALES

Y PAISAJÍSTICOS: Ría de Mogro y campo de dunas de Liencres, acantilados e islotes entre la Punta de Somocueva y San Juan de la Canal, marismas en la bahía de Santander, arenales de Liencres, acantilados de Langre, Quintres (127 metros de altura) y Ajo, Ría de Ajo.





Plano general

Plano general de la bahía de Santander y de su entorno, de la Junta del Puerto, que permite apreciar sus límites, orientación y usos.

La bahía de los grises cambiantes

Benito Madariaga de la Campa

DECIA Amós de Escalante¹ que el mar era la gala de Santander. Muchos años después, otro poeta, Dionisio Ridruejo², opinaba que la ciudad debía su vida a la bahía. Sin ella, posiblemente, no hubiera podido competir con Laredo y Torrelavega por la capitalidad de la provincia. Sus condiciones de seguridad, aptitud para el comercio, la fácil entrada y salida de los barcos y su sistema de inmejorables defensas hicieron que se distinguiera entre los puertos existentes en la costa cantábrica.

Sin embargo, si estos dos poetas se hubieran podido reunir para ofrecer su opinión, de un siglo a otro, las diferencias serían ostensibles, excepto en una cosa: antes como hoy, hubieran corroborado lo que escribió un cronista de ella: «El puerto de esta ciudad es el más ancho, seguro y fuerte de toda la costa cantábrica y, por tanto, uno de los cinco famosos que tiene España»³. Pero la sucesiva confrontación de los planos de la ciudad y su bahía a través de los tiempos pone de

relieve un cambio ostensible del volumen inicial de la ría, que, a partir del desarrollo del Santander primitivo, fue perdiendo paulatinamente espacio, ofreciendo en cada siglo una fisonomía diferente.

La perspectiva de la bahía es muy diferente según el lugar desde que se la contemple, bien sea la península de La Magdalena, el Hotel Real, los muelles de la ciudad, o vista, a la inversa, desde los pueblos fronterizos de Pedreña y Somo. Quizá sea esta última la más urbana, al ofrecer como fondo el decorado de la ciudad, aunque la más bella y completa es la que se aprecia desde el aire.

«La bahía —escribe Ridruejo—, como un lago grande, no nos cansará nunca con sus constantes variaciones de luz y de color, ya se vean sus aguas planas y reverberantes, ya les añada sombra el picado que levantan los vientos del Sur o del Norte»⁴. Tampoco es idéntica vista al salir o entrar en ella por barco, tal como la describe, por ejemplo, José María de Pereda cuando relata en *Sotileza* la marcha de Andrés con los mareantes del Cabildo de Arriba, desde la Rampa Larga, para embarcarse en la lancha de Reñales. Este viaje puede muy bien servirnos para una somera descripción de esa parte de ella.

¹ Costas y montañas (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1956), p. 397.

² Castilla la Vieja (Barcelona: Destino, 1973), p. 69.

³ «Puerto», en Informe de la ciudad de Santander. Fondo Pedraja, Ms. 477, folio 1.

⁴ Ridruejo, ob. cit., p. 88.



Panorámica de la bahía de Santander

La bahía de aguas tibias transparente a la bajamar los sables rubios y la basa parda de la marisma, pero al llenar su cuenca en marea alta, se pinta de cobalto y de plata bruñida al resol. (Rafael González Echegaray).



Cuenta el escritor cómo aquella mañana, en que la mar estaba quieta y tranquila, a la luz del crepúsculo divisó la tripulación por la banda de estribor la oscura masa que se extendía desde el Cabo Quintres hasta Peña Cabarga, dejando a su derecha el arenal de las Quebrantas. La lancha tomó rumbo hacia la salida del puerto entre la isla de Mouro y la costa de acá. Salieron entonces por la boca occidental, al noroeste, más cercana a tierra, ya que la oriental es de mayor anchura y profundidad, separados ambos canales por la isla de Mouro o de Mogro. Atrás dejaron la punta y castillo de San Martín, la Peña Horadada, la isla de la Torre y el arenal del Puntal.

Cada uno de estos lugares tiene su propia historia y su encanto vistos desde el litoral. Amós de Escalante aludía en *Costas y montañas* a la batería, ya inútil entonces, del cabo San Martín, que, en otra época, como refiere Francisco Javier de Bustamante, fue buena fortaleza y excelente fondeadero de navíos.

Cercana a la playa de La Magdalena se encuentra la isla de la Torre, llamada también de la Corona por haberse construido allí un pabellón en forma de corona en honor de la reina Isabel II cuando llegó en 1861 a Santander, lugar que antaño estuvo igualmente fortificado.

Y poco más allá, el islote de Peña Horadada, cuya denominación proviene del hueco que la atraviesa de parte a parte, debido —según una leyenda— al choque producido por la nave que transportaba los cuerpos de los santos Emeterio y Celedonio, patronos de Santander. En otros tiempos, se hallaba sobre ella un ancla que podía utilizarse por las embarcaciones que lo precisaran para su seguridad.

Antes de rebasar la península de La Magdalena divisarían por babor las playas de Los Peligros y de La Magdalena, hoy unidas y cuya fisonomía también ha cambiado. La primera, cuando fue evocada por Gerardo Diego, era pequeña y pedregosa y recordaba una caleta de piratas; la segunda, con sus aguas tranquilas, fue siempre la playa de los nativos que no se atrevían o no querían ir a las del Sardinero. «El conjunto de La Magdalena y el Sardinero —opina Dionisio Ridruejo— es uno de los más espléndidos del litoral español» (p. 93).

La península de La Magdalena o de la Cerda tuvo un castillo que sirvió de fortaleza y, debido a su situa-

ción privilegiada, ostentó en el siglo pasado un faro de luz fija de color verde. Pérez Galdós y Amós de Escalante se refirieron a ella cuando todavía no era residencia real de verano. En estos lugares y en la cripta de la catedral se han encontrado restos arqueológicos indicadores de una habitabilidad romana.

Desde antiguo, toda la costa estuvo fortificada con baterías para proteger el puerto, de las que conocemos los principales lugares de instalación: las de San Martín, de la Cerda, de Hano, las del fortín de Cabo Menor, de San Matías, de los Mártires, de San Francisco o de las ballenas, las del fuerte de San Juan Bautista, de San Antonio de Padua, de San Fernando, de San José, la batería de Juan de la Canal y las de Nuestra Señora y San Pedro del Mar. A ellas habría que añadir las fortificaciones de la Peña de Mogro, que guardaban el Sardinero y el castillo-cuartel de San Felipe, emplazado en la ciudad.

«Por el puerto podían entrar los enemigos —escribía un autor⁵— cuando no se habían inventado la pólvora, ni artillería, pero hoy es impenetrable a la más numerosa armada sin licencias de sus castillos que están sobre la barra.» De vez en cuando su mantenimiento obligaba a la realización de obras, como sucedió en 1702 y 1703, años en que se colocaron más de 70 cañones y se crearon parapetos y trincheras en algunos de ellos.

No eran raros los ataques de corsarios, y se conoce el caso sucedido en 1793 a dos embarcaciones españolas que fueron apresadas por tres quechamarines franceses «a la vista de este puerto», lo que obligó a salir en su persecución al bergantín *Aguila*, mandado por el santanderino Juan de Collado, que consiguió dar alcance a los franceses y represar una de nuestras naves.

Pasada la península de La Magdalena, aparece la Ensenada del Camello, hoy transformada en una pequeña playa, llamada así por la roca que recuerda más bien a un dromedario. Pérez Galdós popularizó esa parte de la costa en su novela *Gloria al elegirla* para el naufragio del vapor *Plantagenet* cuando escribe: «A la izquierda de la boca de la ría había una serie

⁵ «Puerto», en ob. cit. en nota 3, folio 1.



La Peña del Camello

Estás ahí, a la vuelta del camino
—mírale ¿no le ves? mira el camello—
para enseñar la burla del destino
y del reflujo, con el agua al cuello
(Gerardo Diego)



La Magdalena desde el mar

Es lugar propicio éste de la Península de la Magdalena para mirar a lo lejos, para saciarse de horizontes, para interrogar las lejanías deslizando las miradas a ras del agua, adaptándolas a la redondez para poder asomarnos al otro lado de la horizontal por donde aparecen y desaparecen, como muñecos de guiñol, mástiles y humaredas (José María Casas).



de rocas que se mostraban completamente en marea baja, y en pleamar eran indicadas por móviles espuñarajos del agua. Uno de los peñascos tenía forma parecida a un camello, y de aquí vino el nombre a todo el arrecife.»

Siguiendo la costa, se divisa la concha o ensenada del Sardinero, nominada antiguamente *Sarcinio* por pescarse la sardina en sus proximidades, lugar donde se pensó crear un antepuerto al considerarse apropiado para un fondeadero. A la vista del Sardinero, respetado como zona residencial, se hace realidad el juicio de Pérez Galdós cuando decía: «Todo el lujo que aquí hay lo ha puesto la Naturaleza.»

El parque de Mataleñas, en la península de Cabo Menor, es uno de los mejores y más bellos de los existentes junto al mar, y entre los dos cabos, Mayor y Menor, está la playa del mismo nombre, antaño inaccesible y que también recordaba una caleta de piratas.

La costa desde el Cabo de Latas hasta la ría de San Pedro del Mar se muestra escabrosa y a lo lejos los peñascos o «Urros» de Liencres sirvieron de señal a los navegantes, como le sucedió a Andrés en la novela *Sotileza*. Abrupta es también la costa en San Juan de la Canal y en la isla de Nuestra Señora del Mar. La Ría de San Pedro del Mar sirvió durante muchos años de refugio a las lanchas de pesca, y en el siglo pasado existió en ella un molino de agua.

Victorio Macho evocaba así, con nostalgia, aquella zona del litoral tan visitada por él en su juventud: «El recuerdo de las arquitecturales cresterías roqueñas de San Pedro del Mar, infinitas veces contempladas, pórticos del infierno, grutas dantescas con ecos de resonancias misteriosas, aguas dormidas. Estupendos pórticos que parecen devastados por titánicos escultores prehistóricos sobre los enormes planos de la muralla del mar»⁶.

Con vientos del noroeste el banco de piedra o cabezo de San Pedro del Mar era peligroso para las embarcaciones pequeñas, como resultó el día de la galerna del Sábado de Gloria de 1876. Aquellas lanchas que en su huida eligieron las playas de la Virgen y de San Pedro del Mar perecieron contra las rocas. La

embarcación mandada por Pablo Resines milagrosamente quedó varada sobre una de las grandes lastras. Las lanchas de aquellos marineros que buscaron, al declararse la galerna, la entrada en la bahía recorrieron en sentido inverso el camino, desde los caladeros donde estaban pescando hasta el puerto, eludiendo en su huida el arenal de las Quebrantas, «cementerio de naufragos, envuelto siempre en la siniestra bruma de las rompientes», como lo define Amós de Escalante.

En otra novela de Pereda, *Nubes de estío*, se describen algunas partes de la bahía en la costa oriental, más característica y natural que la formada por la ciudad con sus diferentes muelles de atraque desde El Promontorio a los de Raos. La isla de Santa Marina, llamada también de Jorganes o de los Conejos, tuvo una ermita dedicada a esta Santa y se encuentra próxima al puntal de Somo y a la costa de Pedreña, entre los que desemboca el río Cubas, que con la ría de Astillero, formada esta última por los ríos de Solía, Tijero y de Boo, convierten a la bahía de Santander en una extensa ría, la mayor y más importante de la costa cantábrica.

Pereda, en esta novela, alude al río Cubas, que llama Pipas, y describe las giras de las Corconeras, embarcaciones que con otras lanchas de vapor realizaban el transporte de viajeros y organizaban giras turísticas en el verano por la bahía, semejantes a las que se realizan ahora. Si bien la desembocadura del Cubas es de singular belleza, él ha tenido siempre mala fama. Amós de Escalante le llama «alevoso río», a causa de los daños que sus arrastres de arenas y limos causan al puerto, a los que se refiere también Pereda, así como a los proyectos que se hicieron para modificar su actual salida y evitar los perjuicios ocasionados por este motivo.

Existen otras islas, ya en el interior de la bahía: la de Marnay, en la que se realizaron, bajo la dirección del Instituto Español de Oceanografía, experiencias de cultivos marinos de ostras y mejillones y de crecimiento de la almeja, y la de Pedrosa, utilizada como lazareto y sanatorio, hoy convertida en península.

Bosquejo histórico

Los antecedentes históricos del puerto de Santander, cuya secuencia comprende desde la época romana, al identificarse con el *Portus Victoriae Juliobricen-*

⁶ Fernando Barreda y Benito Madariaga, *Victorio Macho y Santander* (Santander, 1974), p. 29.

La desembocadura del río Cubas
En el siglo pasado, el ingeniero Simón Ferrer presentó un estudio para la limpia de la bahía invadida por las arenas del río Cubas. Otro ingeniero, Calixto Santa Cruz, proyectó la apertura de un canal que desviara su curso.





La playa del Sardinero

Yo no sé cuándo me parece más hermosa la playa del Sardinero; si de noche o de día, a la mañana o a la tarde, sola u ocupada por la voz y el movimiento de animada muchedumbre (Amós de Escalante).



La playa de Mataleñas

La playa, antes inaccesible, de Mataleñas, vista allá al fondo, nos recuerda una caleta de piratas o lugar adecuado para vivir un Robinson.

se, hasta los momentos actuales, le dieron fama en todos los tiempos por su protagonismo en la vida económica y militar del país.

Aquel modesto pueblo de pescadores y comerciantes que realizaban sus trabajos al amparo de la vieja abadía de los Cuerpos Santos fue creciendo hasta ser el puerto exportador de las lanas y otros productos a los mercados de Europa y, a partir de los decretos de libre comercio de 1765 y 1778, de América. La dependencia del Consulado de Burgos favoreció su desarrollo comercial hasta que se independiza y, con su propio Consulado marítimo, creado en 1785, emprende una etapa de florecimiento.

En el siglo XVIII, al ser el puerto más ventajoso de cuantos había para fomentar el comercio en la zona norte, se advierte una época de claro desarrollo y modernización que se inicia en 1716 al aprobar y confirmar Felipe V el comercio convenido entre los súbditos británicos y la villa de Santander. Pero es a partir de la segunda mitad del siglo cuando tiene lugar el relanzamiento económico, favorecido por la apertura del camino a Reinosa, la exportación de lanas y harinas castellanas y la eficaz gestión de la burguesía comercial, en algún caso destacada, como ocurrió con el primer Marqués de Campogiro.

El desarrollo del sistema «mercantil colonialista» dependió, en gran medida, de las vías de comunicación y de la ampliación del puerto. Este espectacular despegue comercial del setecientos coincide, así, con la modernización y la construcción de muelles y dársenas, según a los proyectos de diversos ingenieros (Francisco Llovet, Juan Escofet, Fernando de Ulloa, Agustín de Colosía, etc.) y a la declaración de Santander como ciudad por Fernando VI. El comercio retorna con pujanza y, en competencia siempre con el puerto de Bilbao, se crea una flota para la exportación de lanas a los puertos ingleses y holandeses, que después será de harinas y trigos castellanos con destino a las colonias de ultramar.

Parecida secuencia se ofrece en los servicios a la Corona como puerto militar con atarazanas y astilleros. Santander participará con sus hombres y navíos en numerosas empresas militares como lugar de salida, de atraque o refugio y, sobre todo, de construcción de naves o de preparación de flotas. Los montañeses, como

apuntaba Menéndez Pelayo, participaron como «soldados, navegantes, descubridores en todo clima y bajo todo cielo» en las empresas marítimas de la nación⁷.

Recuérdense, a título de ejemplo, la intervención santanderina en 1242 en la conquista de Cartagena, en la de Sevilla en 1248, cuya gesta mereció figurar en el escudo de la ciudad, y en la de Cádiz en 1262, lugar luego repoblado por 300 familias de las Cuatro Villas. Igualmente contribuyó, en 1489, con 20 hombres de tierra (ballesteros y lanceros) en la guerra de Granada y con su marinería en las principales batallas navales españolas.

De Santander salió Pero Niño, el más famoso caballero medieval de su tiempo, descendiente por parte de madre de la casa de la Vega. Cuenta Gutiérrez Diez de Games que halló las galeras dispuestas «con buenos mareantes e remeros» y ofreció el mando de una de ellas a Gonzalo Gutiérrez de la Calleja, hombre de esta tierra, en tanto que puso de capitán de las naos a Martín Ruiz de Abendaño, también posiblemente montañés.

En 1372 se armó en Santander una escuadra de 40 naos al mando de Ruy Díaz de Rojas; en 1544 salió del puerto la armada encargada a Alvaro de Bazán, y en 1574 murió en la ciudad Pedro Menéndez de Avilés cuando preparaba la Armada Invencible a donde arribó después gran parte, tras la derrota, en 1588⁸.

La riqueza forestal de la región favoreció la instalación de astilleros, en los que se construyeron los galeones que hicieron la carrera de las Indias con expediciones comerciales o militares. Llegó un momento en que la provincia de Santander, debido a que además poseía altos hornos para la fabricación de cañones, fue el enclave principal de construcción de naves para el reino.

El Cantábrico, a través del puerto de Santander, se convierte así en el mar de Castilla. En el astillero de Guarnizo se construyeron para la Armada Real algunos

⁷ Pról. a «Poesías», de Amós de Escalante, 1907, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, VI, p.300.

⁸ Antonio Ballesteros-Beretta, La marina cántabra, I (Santander: Diputación Provincial, 1968). Ver igualmente el vol. II de Fernando Barreda del mismo año.

El Astillero de Santander
La industria naval de construcción y reparación de barcos ha tenido una antigua tradición en Cantabria. Antaño consiguió merecido renombre el histórico Real Astillero de Guarnizo.





El Paseo de Pereda

El Paseo de Pereda, antaño al borde mismo del muelle, que fue su primitivo nombre, guarda la nostalgia señorial de antiguos almacenes y compañías consignatarias de buques que conocieron el auge comercial de la ciudad con el tráfico ultramarino.

de los más importantes galeones que intervinieron en la batalla de Trafalgar: el San Juan Nepomuceno, mandado por Churruga; el San Francisco de Asís, por Luis Flores, y el San Agustín, a cargo de Felipe Jado Cagigal. Otro de ellos, el Montañés, estuvo gobernado por el capitán de navío Francisco Alsedo Bustamante, que murió heroicamente en la batalla.

En el siglo xix las líneas de navegación enlazaban Santander con los principales puertos de los cinco continentes, preferentemente de las Antillas, a los que se exportaba trigo, aceite, vino, harina, cerveza, y de los que se importaba azúcar, café, cacao, canela, tabaco, etc. Pereda nos relata con detalle lo que significaba entonces en la pequeña ciudad decimonónica el espectáculo de la llegada de una fragata como la Montañesa, de la matrícula de Santander, con mandos y tripulantes cántabros.

El comercio harinero desarrolló los transportes de la carretería, y el camino de Reinosa conoció un importante tráfico. Calcula Felipe Arche⁹ que en 1853 pudieron entrar en la ciudad 108.000 vehículos entre carros y carromatos.

Numerosas compañías navieras se instalaron en Santander dedicadas al transporte de pasajeros y mercancías. Es entonces una plaza de armadores, comerciantes, banqueros y comisionistas procedentes de la alta burguesía, que conviven con el cacatero, el barriletero y el carpintero de ribera. La ciudad tenía un aire cosmopolita y, como decía Menéndez Pelayo, no era raro la presencia de personas cultas que hablaban el inglés.

El puerto, visto por artistas y viajeros

Numerosos fueron los viajeros que desde antiguo se acercaron a Cantabria y casi todos dejaron algún testimonio de la visita a Santander y su puerto¹⁰. Así,

⁹ Apuntes sobre la influencia del puerto en la vida económica de Santander (Santander, 1944).

¹⁰ José Luis Casado, *Cantabria vista por viajeros de los siglos xvi y xvii* (Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1980), y B. Madariaga, *La vida en Santander a mediados del siglo xix*, Cuadernos Tantín, nº 2, (Santander, 1984).

en 1575, George Braun realizaba una somera descripción de la ciudad y se refería a su «puerto singular», a los muelles, atarazanas y partes más destacadas de ella.

Juan de Castañeda, en 1592, escribe en su Memorial que el puerto de la villa es uno de los mejores entre los existentes en la costa y alude, igualmente, al muelle y a las atarazanas, dedicadas a la construcción de galeras¹¹. Pedro García de Diego, en la primera Guía de Santander, publicada en 1793, confirma que el puerto era uno de los mejores y más seguros siempre que «se acuda a su limpieza con brevedad»¹².

En el siglo pasado visitó la ciudad George Borrow, al que le llamó la atención «el bullicio y la actividad de Santander» y dejó constancia de ser entonces el puerto más importante en el comercio de ultramar, especialmente con La Habana. Las casas y compañías consignatarias, situadas junto al muelle, le motivaron estas palabras de elogio: «Santander posee un muelle hermoso, sobre el que se alza una línea de soberbios edificios, mucho más sumptuosos que los palacios de la aristocracia de Madrid; son de estilo francés, y en su mayoría los ocupan comerciantes»¹³. En la abundante iconografía existente de la ciudad, la representación de edificios junto al muelle figuraron seleccionados en la mayoría de los dibujos y grabados.

Por su parte, Richard Ford destaca en 1845, en su descripción de Santander, el puerto, que le parece accesible, resguardado y con buen fondeadero, y alude al Muelle de las Naos y a la bahía llena de barcos¹⁴. Esta misma apreciación hace Emile Bégin cuando viene a la ciudad, ya pasados mediados del siglo, y advierte la gran actividad de la población concentrada sobre todo en el puerto y sus muelles, que le recordaban

¹¹ Memorial de algunas antigüedades de la Villa de Santander, por Juan de Castañeda, 1592. Ms.88. Biblioteca Municipal de Santander.

¹² Pedro García Diego, Primera Guía de Santander, edic. de Tomás Maza Solano (Santander, 1958).

¹³ George Borrow, *La Biblia en España* (Madrid: Alianza Edit., 1970), p. 3399.

¹⁴ Richard Ford, *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, Parte II, *Castilla la Vieja* (Madrid: Turner, s.a.), pp. 258-260. La primera edición se publicó en Londres en 1845.



Vista de Santander desde la bahía

Las lanchas de transporte de «Los diez hermanos», con los colores de la bandera de la matrícula marítima de Santander, cruzan la bahía y realizan excursiones turísticas veraniegas.





«¡Jesús y adentro!», cuadro de Fernando Pérez del Camino (1859-1901)

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón: —¡Jesús, y adentro... (José María de Pereda)

una ciudad marítima inglesa o francesa . «Casi todos los habitantes —escribe— son marinos, pescadores y negociantes»¹⁵.

Pérez Galdós la llama «la ciudad harinera» y aseguraba en 1884 que era la primera plaza comercial de la costa cantábrica y la principal estación de entrada de vapores correos procedentes de las Antillas, compitiendo con San Sebastián como residencia balnearia¹⁶.

Todavía en el actual siglo, Gutiérrez Solana evocaba en *La España negra* (1920) el viejo Santander cuando el agua cubría los actuales jardines de Pereda y «los barcos anclaban muy cerca de las casas del muelle» y alternaban las traineras y los pataches con algunos barcos de vapor. En sus cuadros *El viejo armador*, *El capitán mercante* o *La rampa de Puerto Chico* se recogen escenas y personajes de las vivencias marineras decimonónicas.

En ocasiones, personajes ilustres eligieron el puerto para sus desembarcos o salidas del país. Otras veces los barcos o los visitantes trajeron con ellos regalos menos apetecidos, como la peste que se presentó, por ejemplo, en 1497 al desembarcar la princesa «gafe» Margarita de Austria, que desde su llegada no trajo más que calamidades, de tal modo que cuando se marchó de España dicen que la Reina Católica, su suegra, no pudo por menos que decir: «Váyase en buena hora»¹⁷; o la peste que se desencadenó tras la llegada, en 1597, del navío Rodamundo.

La belleza del paisaje de la bahía de Santander, los muelles, los barcos y su población marinera han inspirado a artistas plásticos con cuadros conocidos por esta ambientación y de los que ofrecemos una muestra representativa: J. Wunsch (Santander en 1850), Mariano Sánchez (Muelle de Santander), Fernando Pérez de Camino (*Jesús y adentro!*), Agustín Riancho (Cabo Mayor), Luis Cuervas Mons (Dos boniteros).

¹⁵ Emile Bégin, *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal* (París, 1868), p. 193.

¹⁶ William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós* en «*La Prensa*» de Buenos Aires (Madrid: Edic. de Cultura Hispánica, 1973), p. 115.

¹⁷ R. Pérez Bustamante, *Santander en los albores de la época moderna* (Santander, 1989), pp. 34-37.

Tomás Campuzano (*Antiguo muelle de Santander*), Gerardo Alvear (*Paisaje de la bahía, El Sardinero con bañistas*), Pancho Cossío (*Pescadores con redes, Marina con pescadores*), Gloria Torner (*Entrada en la bahía, La grúa de piedra*), etc., los que, igual que numerosos fotógrafos, presentes por ejemplo en la exposición «*El límite tierra, mar en blanco y negro*», organizada por la Junta del Puerto de Santander en 1988, han sabido captar matices costumbristas o ambientales de su entorno¹⁸.

Para muchos de ellos la bahía de Santander ha sido un tema que les ha sugerido por la dificultad para expresar la variada gama de tonos y luminosidad, cambiantes en pocos momentos, desde sus grises y brumas, al color de las montañas recortadas en el horizonte; o la de nitidez que produce el viento Sur en la costa y en los pueblos del otro lado de la bahía.

Santander, debido a su clima, es la ciudad por excelencia de los grises. Pancho Cossío decía que era el color de la civilización. Las nubes grises tocan a menudo la cima de Peña Cabarga y se reflejan en la bahía dándole esa misma coloración. Parece entonces el escenario de un cuadro romántico con el gris del fondo de la montaña y el verde intenso del arbolado y las praderías.

Otras veces, la neblina lo envuelve todo como en una visión fantasmagórica. El anochecer tiene una especial belleza cuando el cielo se torna rojizo y se encienden las luces en el mar como pequeños gusanos fosforescentes. A medida que avanza la tarde, el gris del cielo se vuelve plomizo intenso, azulado, hasta hacerse negro con la noche.

Pancho Cossío le refería así su impresión a un periodista: «Tú sabes que cuando sopla el Sur y barre la humedad, la bahía es un paisaje primitivo. Cuando el ambiente está denso de humedad, la ribera opuesta se ve con todo detalle. Entonces el paisaje está velado. Pero, cuando la humedad está localizada en nubes

¹⁸ Leopoldo Rodríguez Alcalde, *Santander visto por los pintores* (Santander: Museo Municipal de Bellas Artes, 1984). Pueden verse también los catálogos de las Exposiciones: Provincial de 1866, la Primera Artística Montañesa del Ateneo de Santander de 1918 y de años sucesivos, la del Santander Antiguo de 1926, etc.

bajas, el paisaje es japonés. Y así procedo yo. Nuestra bahía es mi lección de estética»¹⁹.

De igual modo, nuestro mar Cantábrico ha sido tema inspirador de poetas y novelistas sensibles a la belleza de la bahía, cantada por Amós de Escalante, José del Río Sainz, Enrique Menéndez Pelayo, Luis Barreda, Gerardo Diego, José Luis Hidalgo, Julio Maruri, José Hierro o Alejandro Gago. Difícilmente se puede encontrar un poeta de Santander que no haya elegido el mar para alguno de sus poemas²⁰.

En la novela no faltan tampoco los ejemplos, que se inician con los costumbristas y que encabeza Pereda como pintor de los mareantes del siglo pasado, testigo de aquel Santander con los dos Cabildos, el de Arriba y el de Abajo; con sus muelles de atraque, la Rampa Larga y el fondeadero de El Dueso y sus respectivas tabernas, la Zanguina y la del tío Sevilla. Es el Santander de Muergo y Sotileza, que ya sólo pervive en el recuerdo por su novela.

Pero hay más casos, que nos valen como muestra. Concha Espina, en *Una nave en el mar*, «quiso despedirse de su quehacer —como dice Gerardo Diego— cantando en esa novela admirable la actualidad y perennidad de la bahía santanderina y de sus hijos». También en la novela de Manuel Arce *El precio de la derrota*, que se desarrolla en Santander, uno de los personajes evoca lo que fue El Sardinero de su niñez, lugar apartado, completamente diferente al alegre y bullicioso con el que se encuentra después. «Me dejó contemplar un instante las playas repletas de gente, y ver cómo la marea de septiembre azotaba con sus altas olas a los bañistas. Piquío colgaba sobre las rocas como una gran maceta un poco cursi y decadente. En la lejanía, entre blancos de espuma y plomizas rocas, la silueta del Palacio Real se recortaba en el cielo azul entre la brisa y el salitre»²¹.

¹⁹ Angel de la Hoz y Benito Madariaga, *Pancho Cossío, el artista y su obra* (Santander, 1990), nota 53, p.109.

²⁰ Benito Madariaga, «El mar en la literatura de Cantabria», *Zenit*, nº 75, Santander, noviembre-diciembre, 1988, pp. 29-36. Ver también *Santander, mar y poesía. Selección de textos* de J. R. Saiz Viadero (Santander: Excmo. Ayuntamiento, 1991).

²¹ Manuel Arce, *El precio de la derrota* (Barcelona: Plaza y Janés, 1970).

«Azorín» se sintió igualmente cautivado por El Sardinero, visto de noche, en *Veraneo sentimental*, cuando el protagonista en ese momento es el mar, con su oleaje. Y no podemos silenciar a otros dos escritores que se sintieron atraídos por su visión lejana desde el palacio de La Magdalena. Pedro Salinas y Miguel de Unamuno contemplaron ese mar Cantábrico del que dejaron testimonios escritos tras su paso por la Universidad Internacional de Verano.

Actividades pesqueras

La pesca fue la primera actividad de la villa en sus comienzos, cuando los mareantes, agrupados en Cabildos, se dedicaban a la captura o a la exportación de salazones. La pesca de la ballena adquirió especial importancia en las cuatro Villas marineras, y del puerto de Santander salió, curiosamente, la última expedición, con participación vasca, que duró de 1789 a 1792.

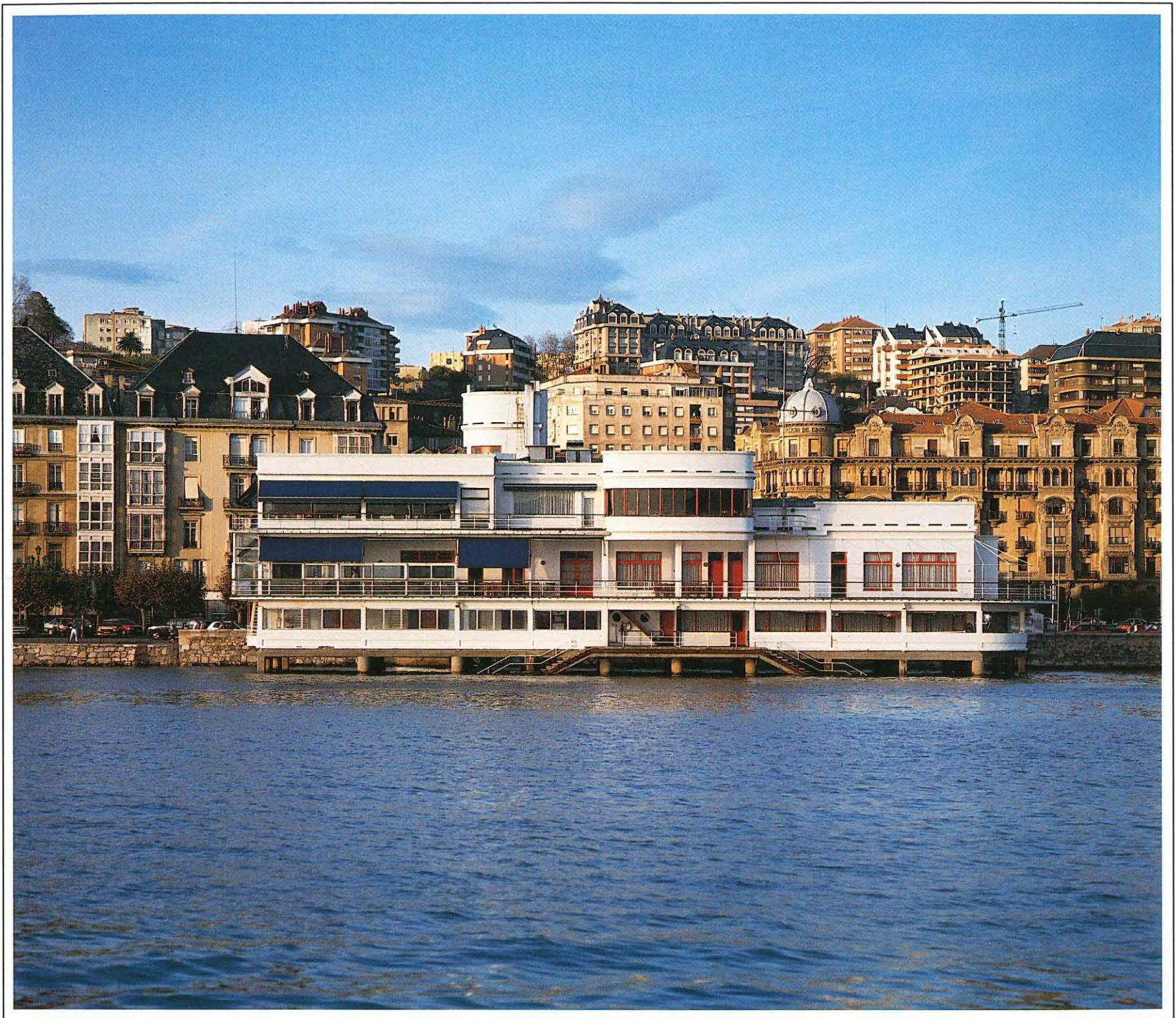
Las ordenanzas del antiguo Cabildo de San Martín de la Mar de la villa de Santander regulaban las artes y aparejos autorizados, las fechas permitidas de capturas, la forma de elegir el alcalde de mar, etc. Un autor escribía al respecto: «Los pescados son en grandísima abundancia y variedad y de los más regalados que se conocen en el mundo», y Javier de Bustamante insistía en la calidad de los pescados de todas clases que se consumían en la villa o se enviaban para surtir la Casa Real.

En el siglo XVIII se realizaban tres envíos todas las semanas de Cuaresma a la Casa Real, de tres a cuatro arrobas cada uno, de los pescados y crustáceos de mayor calidad: lenguados, rodabolllos, pez de San Martín, lubinas, doradas, langostas, etc. «En toda esta temporada —se dice en el archivo de la ciudad— se obligaba a salir a los marineros a la pesca, bajo pena de prisión, y no se podía vender aquel pescado ni extraerlo hasta completar el surtido»²².

²² «Surtidos de pescados para las mesas Reales por la Villa de Santander», en Gervasio Eguaras, *Colección de documentos para la historia de la provincia de Santander*, tomo II, folio 452. Colec. Pedraja, Ms. 219.

Puerto Chico
Los nombres
de las
embarcaciones
que reposan en
la dársena de
Molnedo son
tan curiosos y
variopintos
como los colores
que ponen una
nota cromática
en el azul
sosegado de sus
aguas.





El Real Club Marítimo

Edificio construido en 1934 por Gonzalo Bringas. Se creó el Club en 1927, por escisión del Real Club de Regatas, y aglutina las actividades deportivas náuticas de Santander con un historial brillante de pruebas y competiciones.



El Palacio de Festivales

Único teatro que permite ver el mar, en este caso la bahía de Santander, desde el patio de butacas. Es una ambiciosa obra del arquitecto Francisco Sáenz de Oiza. Se inauguró el 29 de abril de 1991 y sustituyó al teatro desmontable de la Plaza Porticada.

A título de ejemplo podemos decir que en 1753 había en la villa 40 embarcaciones para pescar en la mar; 12 para la del besugo, 19 para la de sardina y 9 batelillos o barquías para la pesca pequeña. Aparte, existían también 30 barcos para el transporte de gente, 2 para el de trigo y harina y 5 pinazas para la conducción de los géneros a la villa de Bilbao.

Pereda, en *Sotileza*, hace numerosas referencias a la pesca en la bahía, a la que, dice, se dedicaban tanto los hombres como las mujeres. Ellos, a la de aquellas especies abundantes en sus aguas, como bogas, panchos, porredanas, julias, mules, lubinas y a la de maganos, pescados con la guadañeta. El escritor señala los lugares más apropiados para aquellos peces que prefieren fondos arenosos o rocosos. En cambio, las mujeres se ocupaban en sacar gusana o recoger amayuelas o muergos.

Otras costeras llevadas a cabo entonces en la región cantábrica estaban, como ahora, orientadas a la captura de la sardina, el bocarte, el besugo y la merluza. Cuando, en *Sotileza*, Andrés sale con Reñales, el patrón le indica que las lanchas dedicadas a la merluza solían hacerlo de 15 a 18 millas del puerto y a 12 ó 14 leguas las del bonito. Reñales le señala los caladeros donde están pescando: el *Miguelillo*, el *Betún* y el *Laurel*.

La creación en Santander, en 1886, de la primera Estación de Biología Marina de España, laboratorio dedicado a la investigación de la fauna y flora marinas, supuso no sólo un mejor conocimiento de las especies zoológicas de Cantabria, estudiadas, entre otros, por naturalistas del prestigio de Orestes Cendrero Curiel, Celso Arévalo, Manuel Gerónimo Barroso, E. Rodríguez y López-Neyra, Luis Alaejos Sanz, Juan Cuesta Urcelay, José Rioja y Enrique Rioja Lo Bianco, sino también una continuidad en estos estudios de investigación mediante la preparación de becarios y el envío de colecciones a Universidades y centros docentes de toda España.

Su fundador, Augusto González de Linares, lo reconocía con estas palabras: «El principal concurso que este Laboratorio ha prestado de un modo indirecto al progreso de la enseñanza ha consistido en facilitar a los llamados a darla los objetos mismos de su estudio, los animales marinos, sobre todo los más sencillos en

su organización, los inferiores, que se dice, sin cuyo conocimiento son enigmas indescifrables los más complejos, como lo fueron las plantas superiores hasta que se conocieron bien las sencillas»²³.

Pero a la vez ha desarrollado una meritaria labor pedagógica en la enseñanza de becarios y postgrados y, sobre todo, en el estudio y recogida de las especies de nuestras costas, cuyas colecciones han pasado a formar parte en la actualidad del Museo Marítimo, junto con los esqueletos preparados de algunos cetáceos, que actualmente se exhiben en él.

En 1920, Luis Alaejos²⁴ estudió la pesca marítima en la provincia de Santander y cita las diferentes especies de peces, moluscos y crustáceos que se capturaban. Había entonces en Santander 7 parejas, 19 lanchillas, 50 traineras, 1 motora y 150 barquías o botes. Todavía —según Alaejos— existían lanchas boniteras a vela, barquillas de arrastre y botes pescando como en el siglo pasado en la bahía, donde las mujeres recogían moluscos en los playales.

Recientemente, otro equipo de científicos del Oceanográfico de Santander, a través del Centro de Investigación y Desarrollo²⁵, ha estudiado el grado de los niveles de contaminación y la hidrodinámica de la bahía. Las conclusiones no son nada optimistas, ya que las poblaciones están disminuyendo, afectando de un 10 a un 15 por 100 de las especies; se ha degradado el habitat, han desaparecido determinadas especies de sus aguas y han proliferado otras, como el mule, que se alimenta de detritus.

La contaminación, los depósitos de arena y la disminución de la superficie total de la bahía, junto con la de especies, son por lo general, ahora, mayores que en etapas anteriores. Si bien la ciudad se debe a la bahía,

²³ Augusto González de Linares, «La Estación de Biología Marítima», *Santander y su provincia. Guía de la Montaña y su capital* (Santander: Blanchard, 1903), pp. 345-351.

²⁴ Luis Alaejos, «La Pesca Marítima en España en 1920, provincia de Santander», *Bol. de Pescas*, nº 67, enero-marzo 1922, pp. 1-52.

²⁵ Orestes Cendrero, Pilar Pereda, Enrique Cárdenas y Carlos Fernández, *Estudio básico para el conocimiento de los niveles de contaminación e hidrodinámica de la bahía de Santander*. Laboratorio Oceanográfico de Santander. (Inédito.)



La Plaza Porticada

Este es el nombre que le ha dado el pueblo, ya que el oficial es Plaza de Velarde y aquí tuvo uno de sus emplazamientos el monumento al héroe del 2 de mayo. Gracias a su situación y a los edificios que la conforman es una de las más transitadas y populares de Santander. Durante años fue el lugar escogido para montar el Festival Internacional.



El Casino del Sardinero

El edificio del Casino, obra del arquitecto Eloy Martínez del Valle, es una de las joyas arquitectónicas del Sardinero y uno de los más bellos de España.



no es menos cierto que, a la inversa, ella depende del grado de la sensibilidad y de la conciencia ciudadana de los cántabros y de sus instituciones para que se mantenga, de la mejor manera, en su cometido comercial y de espacio paisajístico. Y eso esperamos.

Benito Madariaga de la Campa

Bibliografía consultada

Juan Ignacio BARRÓN GARCÍA, *La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración*, Col. Pronillo (Santander Excmo. Ayuntamiento, 1992).

José Luis CASADO, *Historia General de Cantabria*, vol.V. Siglos xvi y xvii (Santander: Tantín, 1986).

Rafael GONZÁLEZ ECHEGARAY, *El puerto de Santander. Retazos de una crónica* (Madrid, 1985).

Rafael GONZÁLEZ ECHEGARAY, *La marina cántabra*, vol. III (Santander: Diputación Provincial, 1968).

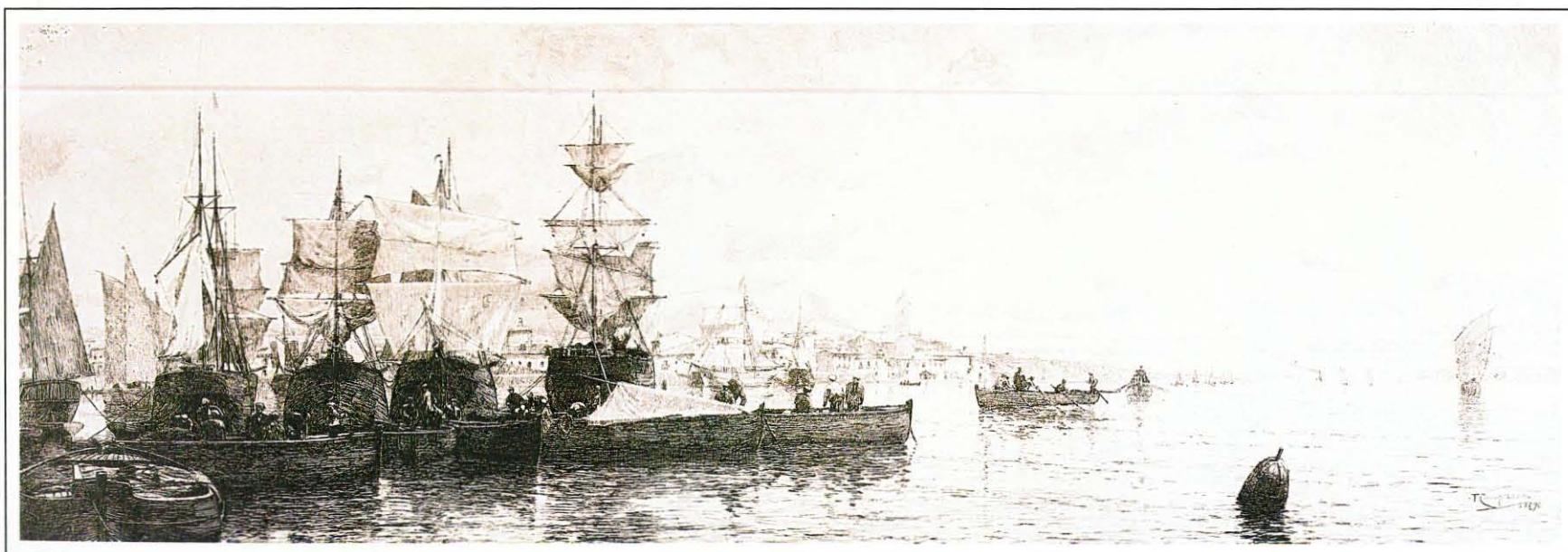
Jesús MAÍSO GONZÁLEZ, *La difícil modernización en el siglo XVIII: Don Juan F. de Isla y Alvear*. Col. Pronillo (Santander: Excmo. Ayuntamiento, 1990).

Tomás MARTÍNEZ VARA, *Santander, de villa a ciudad (un siglo de esplendor y crisis)* (Santander: Excmo. Ayuntamiento, 1983).

Ramón MARURI VILLANUEVA, «Nueva burguesía mercantil y neo-nobleza en el Santander de finales del Antiguo Régimen: algunas reflexiones en torno a D. Francisco Antonio del Campo, Conde de Campogiro», *Studia Historica. Historia moderna*, vol. VII, Salamanca, 1989, pp. 635-652.

José María de PEREDA, «Sotileza», en *Obras completas*, t. II (Madrid: Aguilar, 1975).

V.V.A.A., *Santander, el puerto y su historia. Bicentenario del Consulado del Mar* (Santander: Junta del Puerto, 1985).



Grabado de Santander, de Tomás Campuzano y Aguirre (1857-1934)

Nadie ganó a Campuzano como grabador de Marinas. No en balde fue director de la Escuela Nacional de Artes Gráficas y profesor de la misma. Sus temas de la bahía de Santander figuran entre los más conseguidos de su obra, que fue utilizada, muchas veces, como material de ilustración.

Río Asón

DATOS DE INTERES

NACIMIENTO: Portillo del Asón (Soba) a 680 metros de altura
DESEMBOCADURA: Ría de Limpias (Limpias-Colindres-Voto)

DESEMBOCADURA: Ria de Limpias (Limpias-Colindres-Voto)
RECORRIDO: 30 km

RECORRIDO: 39 km.
PRINCIPALES ATRACCIONES:

PRINCIPALES AFLUENTES: Bustablanco por la izquierda; Gándara (con Calera), Carranza y Silencio por la derecha.

SUPERFICIE DE LA CUENCA: 551 km².

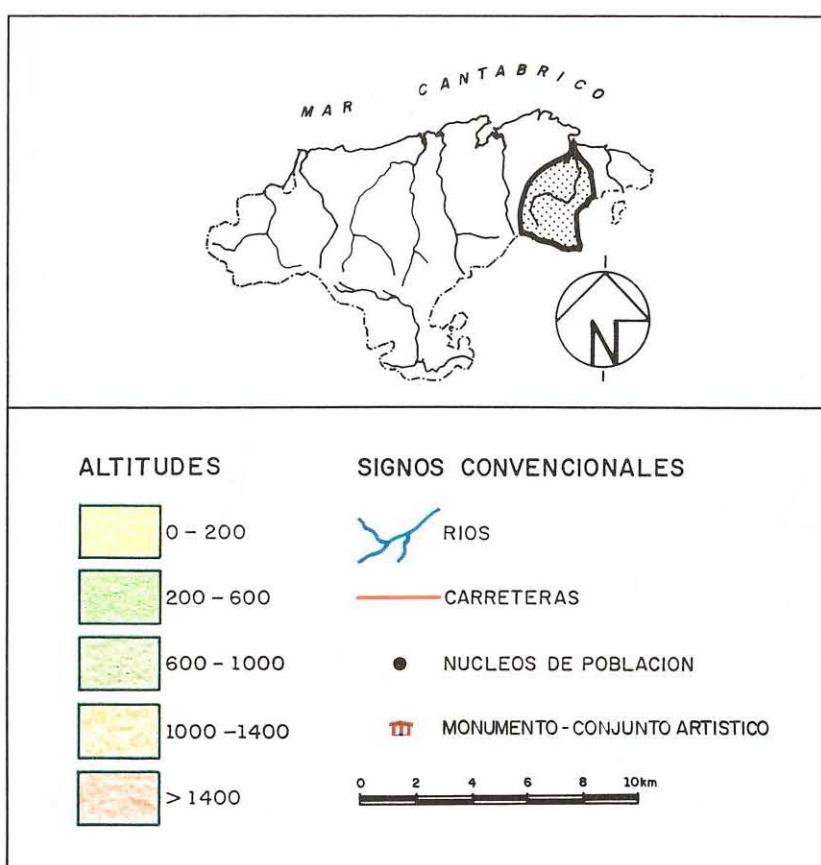
POBLACION DE LA CUENCA (incluyendo cuenca del Carranza y Bahía

de Santoña): 50.692 habitantes.

APORTACION ANUAL : 527 Hm³

DEMANDAS CONSOLIDADAS ANUALES: 2.2 Hm³ (66% urbano, 34%

Demand & consumption: 2.2 million industrial





Nacimiento del río Asón

La cascada es la protagonista del alto Asón, cuyas aguas infiltradas a través de las rocas calizas son el origen de este río que riega la extensa y bella comarca que integra a una serie de pueblos de la zona oriental de la región.

La aventura del río Asón

Benito Madariaga de la Campa

EL Asón, Sanga o, más propiamente, Sauga, como le denominaron los antiguos, es el único río de Cantabria que cita Plinio el Viejo. Debido a sus aguas salvajes, es un río hermoso, que en su origen es saltarín y ruidoso como los niños. Tal vez por ello recibió el nombre de Asón, que, a juicio de E. Martino, proviene de *Aqua Sonans*, alusivo al ruido de su cascada.

Nacido en Soba, los autores no coinciden respecto al lugar exacto de su procedencia, que para unos sería la Peña de Moncrespo, para otros la Peña Azalagua e, incluso, se apunta el lugar de los Collados del Asón. A poca distancia de su comienzo, da origen a una esbelta y bella cascada, llamada «cola de caballo» por su escaso caudal, que desaparece en los períodos secos del estío.

Por un paraje de singular belleza, el Asón baja a través de una cañada, rodeado de picos y montañas imponentes, grises en sus cumbres y con múltiples matices verdeantes en el fondo, debido a las plantas y a la humedad. El hombre no es nada en estos lugares comparado con la naturaleza. Aquí todo es paisaje abrupto y montaraz, no condicionado por las gentes de la comarca. En el muy noble y leal valle de donde procede, la mano del hombre no ha alterado, a Dios gracias, sus galanuras naturales.

En Soba, sus 27 pueblos, pequeños y bastante diseminados, guardan el misterio de otros tiempos más sencillos y patriarciales. De sus montañas salieron contingentes de hombres y mujeres libres, con sus ganados, aperos de labranza y su lengua romance, a repoblar las tierras próximas de Castilla. Todavía el viajero que se acerca a este valle, cada vez más despoblado, pero con una agreste belleza natural, puede figurarse cómo fue en tiempos más remotos, con molinos harineros y ferrerías en su suelo.

Alguien ha comparado a Soba con una bella campesina, cuyos únicos aderezos se los ha dado la naturaleza. Por el antiguo camino de Burgos o de Castilla bajaron, antaño, carretas de arrieros que transportaban, a través del puerto de los Tornos, trigo y harina o leñadores, que aguardaban el despertar de la mañana, cuya neblina oculta los pueblos, para comenzar su duro trabajo.

La vegetación es la protagonista viviente de este paisaje. Todo es silencio entre nubes. Más tarde, al avanzar el día, se escuchará el sonido lejano de la esquila y podrá contemplarse el ramonear de las cabras.

Ahora, los dos ríos importantes de la comarca alta, el Gándara y el Asón, no mueven molinos harineros. Siguen su curso para terminar encontrándose. Este último recibe pleitesía de otros ríos vasallos suyos que acuden a su encuentro como afluentes y subafluentes:

El Gándara, el Carranza y el Silencio, por la derecha. El Argumal, Bustablado, Grande, Clarín y Clarión, por la izquierda.

De Arredondo a Ramales

Durante su recorrido, camino de Arredondo, el Asón se esconde como un niño vergonzoso y reaparece más de un kilómetro después en el lugar llamado Cubera y da lugar a una serie de pozos. La aldea de Asón, repartida entre Soba y Arredondo, es la primera que tropieza en su paso inmediato hacia este pueblo de pintores, ya que de allí descendían los Madrazo, José Gutiérrez Solana y Manuel Gómez Raba.

De Arredondo era también el padre de los Trueba y Cosío. Un tío del pintor, Antonino Gutiérrez Solana, firmó un contrato con el Gobierno el 30 de diciembre de 1835 para la realización del camino desde Ramales a La Cavada atravesando el puerto de Alisas. A sus expensas construyó igualmente la iglesia de Arredondo, inaugurada al culto en 1860. Otro tío suyo, hermano del padre, llamado Miguel, continuó esta misma vocación benefactora.

El río en su paso por el pueblo forma el pozo de «Viar», en el mismo puente del pueblo, al que le siguen los de «Barcenamorel», el de «La Granja» y los dos de «Vegarredonda», en la carretera que va de Arredondo a Riba.

En la comarca que riega el Asón, predominan las alturas montañosas, las cuevas y simas. Una de estas cumbres, Peña Rocías, sirvió de marca o señal a los navegantes. Los pueblos levantados al pie de las montañas parecen, vistos desde éstas por el viajero, casitas de un belén navideño, entre las que la torre de la iglesia sobresale orgullosa y arrogante.

Las cuevas fueron refugio en la Prehistoria y también sirvieron de defensa a las facciones carlistas, como la cueva del Mirón en Ramales, o de concentración de los vecinos durante los bombardeos en la última guerra civil. Tal es el caso de la cueva Cullalvera en este mismo lugar. Se trata de una zona muy accidentada, con grandes simas y cuevas profundas, como las de Cueto Coventosa en Arredondo, la del Valle en Rasines o la de Los Cuatro Valles, en Ruesga.

A principio de siglo, anduvieron de exploración por estos parajes el padre Lorenzo Sierra y Hermilio Alcalde del Río buscando pinturas y yacimientos en las cuevas. Y por aquello de que quien la sigue la consigue, tantas búsquedas y penalidades subiendo montes tuvieron al fin su premio. En septiembre de 1903 descubrían las cuevas de La Haza y Covalanas, ambas con interesantes pinturas.

Igual ocurre con las fuentes, abundantes en la comarca. Sólo en el término municipal de Arredondo, contabilizó Madoz, a mediados del siglo pasado, más de doscientas. Ahora el río corre sereno, pero ágil y espumeante al atravesar la fértil vega de Riba, en Ruesga, donde baña tres barrios del pueblo y es un lugar con un importante coto truchero, con pozos como los de «Estanguadilla», «Gorgolla» y el de «Baniro», donde se baña la gente, o el de la «Cueva del Mar». Pasa inmediato a la carretera que va de Arredondo a Ramales.

Estos pueblos que conforman la cuenca del Asón, con una economía en regresión o estabilizada, en el mejor de los casos, han dado origen a una fuerte emigración hacia La Habana, Méjico, Argentina y Venezuela. La salida de la población en busca de trabajo era obligada ya desde el siglo pasado, incluso hacia las provincias vecinas, dada la penuria económica y la falta de perspectivas culturales.

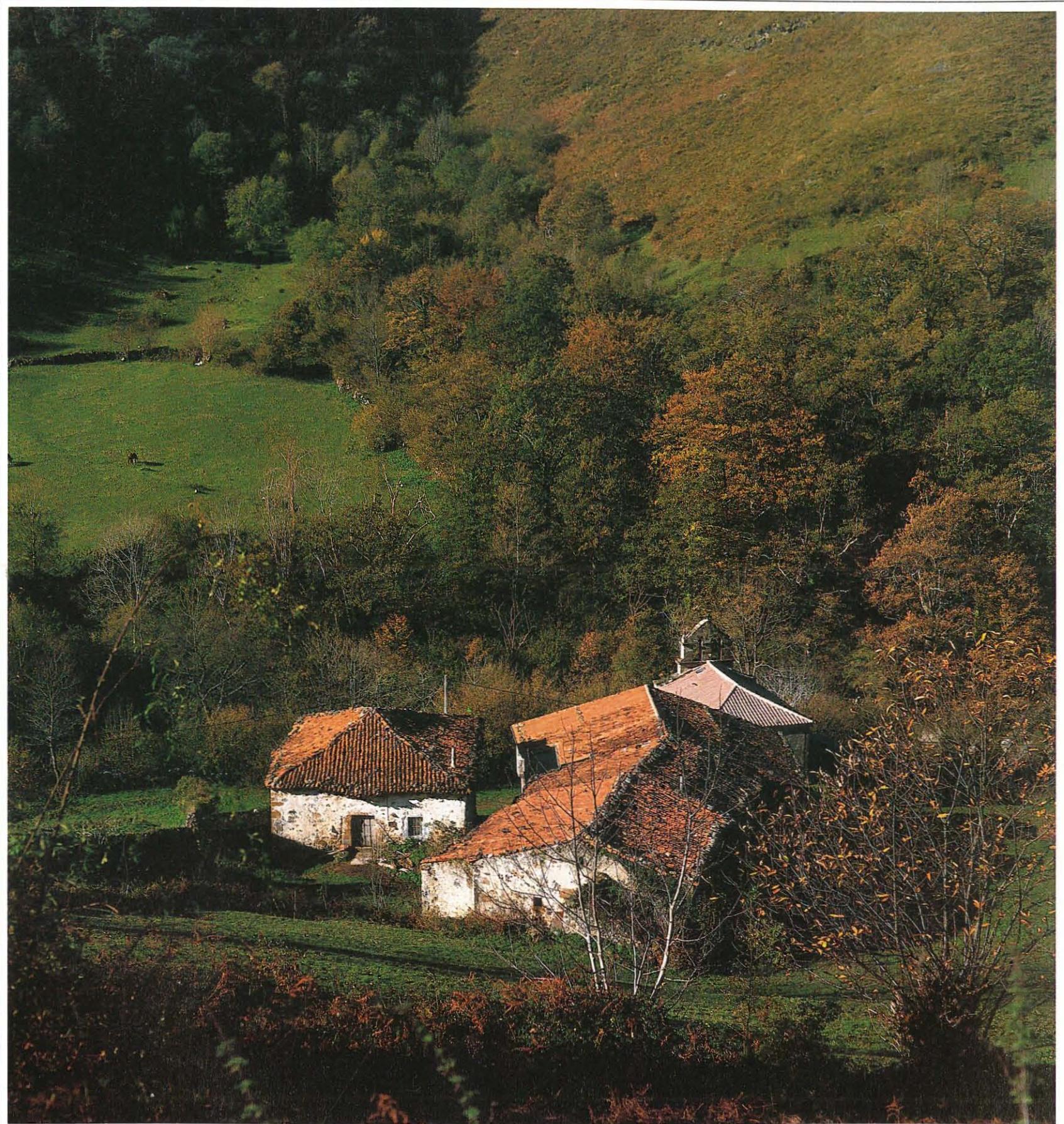
Vueltos a su tierra natal, los indianos fueron protectores de la zona con sus fundaciones y empresas benéficas. Gutiérrez Solana los pintó, como en una instantánea fotográfica, tomando el sol sentados en la calle, o celebrando el regreso de uno de ellos. En su relato Florencio Cornejo nos hace una pintoresca descripción del atuendo de estos hombres, a principio de siglo, con sus sombreros de jipijapa, grandes sortijas en los dedos y las cadenas de oro asomando en sus chalecos de piqué blanco.

Antaño se daba en estas tierras el chacolí y estaban poblados los montes de robles, castaños, hayas, encinas, y abundaban los árboles frutales, la pesca y la caza de pelo y de pluma. Los osos fueron desapareciendo y ya eran muy escasos en Soba a finales del siglo pasado, e igual ocurrió con las nutrias en Arredondo.

El río nos conduce a Ramales, pasando primero por Valle y Ogarrio. A su paso por Vega Corredor,

Barrio de la
Ermita en el
pueblo de
Asón

En estos parajes,
las gentes
continúan
viviendo con los
mismos afanes y
alegrías de
aquellas lejanas
épocas que
conocieron la
emigración.



paraje encantador en el verano, el Asón tiene su propia música con un rumor monótono y constante, acompañado por la arboleda, que hace guardia en el camino.

Ya estamos en Ramales y el río atraviesa el puente viejo, lugar de unión con su afluente en el barrio de Burramales. Va en busca del Gándara o Soba, como el amado al encuentro de la amada. En su viaje pasa bajo el puente nuevo de piedra, construido en 1840, lugar de donde salen las piraguas en el descenso deportivo del Asón.

La batalla de Ramales

No hay río importante sin batalla y la de Ramales fue la del Asón y Gándara, cuyo murmullo se vio oscurecido aquella primavera de 1839 por el ruido de las baterías de carlistas y liberales. Tal como nos lo cuenta Benito Pérez Galdós, en su *Episodio Vergara*, allí tuvo lugar el enfrentamiento de Maroto y Espartero. La batalla de Ramales fue más dura que la de Vargas y en ambas se ciñeron de gloria los liberales.

Como escribió el escritor grancanario, refiriéndose a la provincia de Santander, «en este pueblo comercial y laborioso, en esta zona habitada por la raza cantábrica, jamás ha tenido raíces el carlismo. La vecindad del país vasco, donde aquella aborrecida idea tiene su principal asiento, no ha sido parte a alterar en ningún tiempo la condición apacible y liberal de los cántabros».

Cuenta Amós de Escalante, en *Costas y montañas*, cómo los estampidos de la artillería se oían, cuando soplaban el viento, en las cercanías de Santander: «En aquellas asperezas se daba una batalla de días, complicada y difícil, batalla y asedio a la vez; combates de artillería y combates de arma blanca; batalla reñida, reñidísima, como que la sostenían por una y otra parte soldados curtidos y amaestrados en largas campañas sostenidas durante seis dolorosos años, al rigor de todas las penalidades del suelo, de todas las inclemencias del cielo»¹.

Las tropas de Espartero acamparon en la Sierra de Ubal y en los pueblos de Calera, Sangrices y Lanestosa.

Por su parte, los carlistas se asentaban en Ramales y Guardamino y colocaron un cañón, «El abuelo», dominando la carretera desde una cueva, lo que impedía el paso de la tropa. Espartero encomendó al general O'Donnell el ataque a las fuerzas guarecidas en las alturas del Mazo y al general Castañeda el ataque contra los carlistas que dominaban la Peña del Moro. Ramales fue batido por la artillería y sólo pudieron tomar el pueblo cuando se anuló al grupo carlista instalado en la cueva.

Hay varias versiones de cómo se logró. Para unos, fue el guerrillero liberal Juan Ruiz Gutiérrez, alias «Cobanes», quien, arrojando paja, luego incendiada, les obligó a salir de la cueva. Otra opinión es que fue cañoneada durante siete horas. Finalmente se apunta, y posiblemente se ensayaron los tres procedimientos, que se utilizaron cohetes de guerra o incendiarios, llamados a la Congrève, en honor del coronel artillero que los inventó, los cuales llevaban en la cabeza un cartucho o proyectil, que obligó a los 27 carlistas a salir de la cueva.

Ramales se conquistó, pero quedó destruido por los atacantes y por los propios carlistas en su retirada a Guardamino, cuyo fuerte defendía el comandante carlista Carreras. La lucha fue tenaz y éstos lucharon valientemente. Aun rodeados, no se rindieron hasta que Maroto condicionó la entrega del fuerte.

Rendidos los ocupantes, el general Espartero arregló a sus fuerzas con estas palabras que figuran en la orden del día 13 de mayo: «El enemigo no quiso aceptar vuestro reto para una batalla general. Encasillados en sus formidables posiciones, allí querían que se estrellase vuestro arrojo. Allí os conduje. Allí vencimos. Allí completamos su ignominia»².

El pueblo quedó en ruinas, pero aquella gesta le valió llamarse, desde entonces, Ramales de la Victoria. Hubo que reconstruir después los puentes y las casas incendiadas.

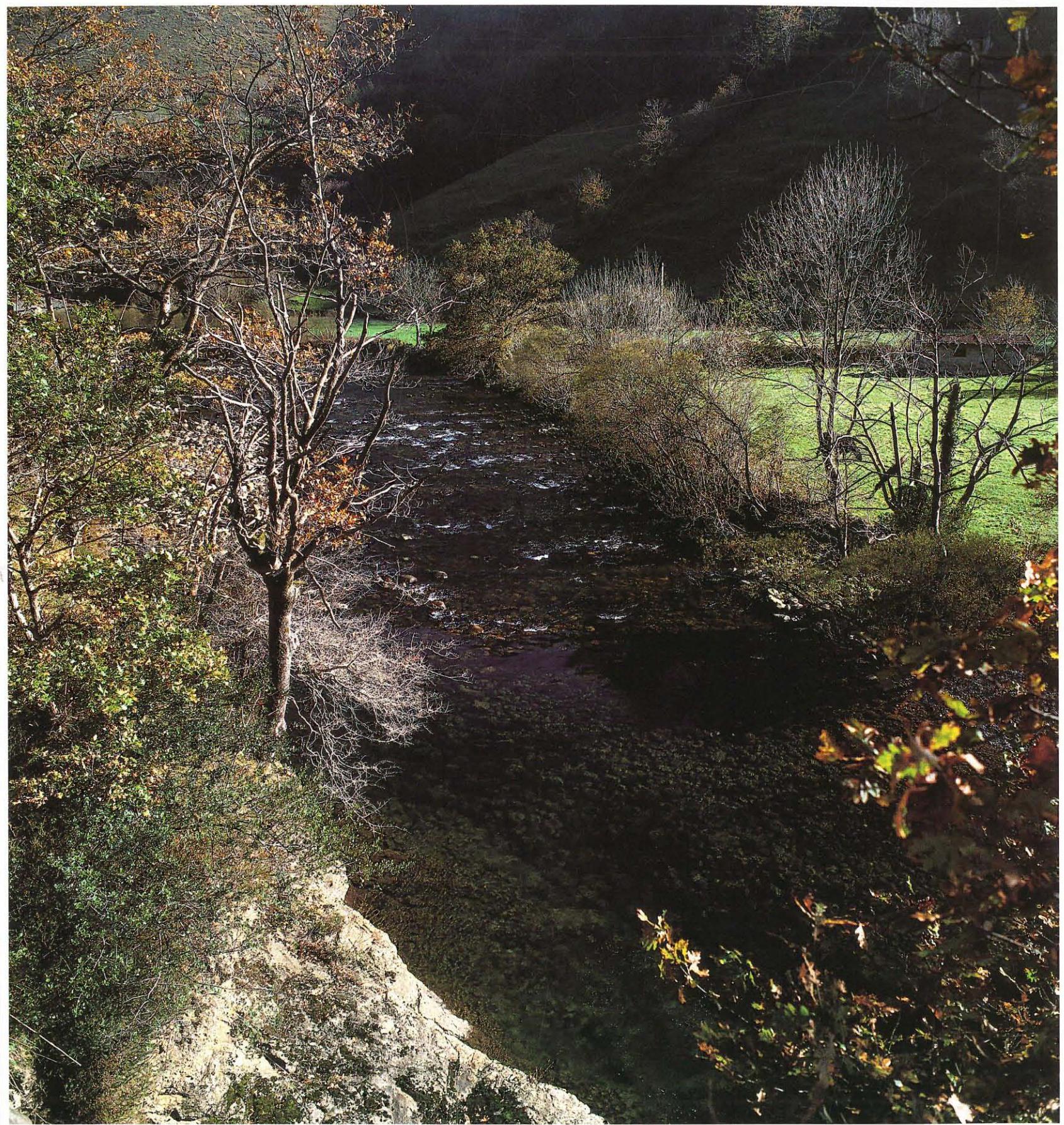
Dos años más tarde, *El Vigilante Cántabro* (10 octubre 1841) recogía la orden del regente, dirigida al director general de Caminos, para que un ingeniero

Obras Escogidas, I (1956) 354.

² Bol. Oficial de Santander, 16-V-1839.

**Curso alto del
río Asón**

El otoño se ha
vestido con sus
galas de
amarillo, ocres y
tierra como si
esperara la
llegada de un
poeta que
cantara este
momento.





Panorámica de Ramales de la Victoria

Ramales de la Victoria tiene las características de los pueblos con un entorno montañoso, en los que la naturaleza es la protagonista con sus ríos, bosques y praderías. La vida está en ellos al amparo de sus montes.

estudiara un proyecto importante para el pueblo, al que se quería premiar su abnegación. Se pretendía abrir un canal navegable desde Limpias a Ramales. Con la mayor seriedad, escribía el periódico: «Por lo demás, nosotros deseáramos ver subir navíos de tres puentes a todo trapo desde Limpias a Ramales».

Todavía fue este pueblo protagonista de un nuevo encuentro, en enero de 1875, entre el general carlista Bérrix, que tomó Guardamino, y el coronel Márquez, que defendía Ramales. También fue dura la batalla, aunque más breve, ya que terminó con la retirada del primero ante el anuncio de la llegada del general Villegas.

De los pueblos limítrofes bajan los comarcanos a esta villa los días de feria o de fiesta. Es el motivo para relacionarse, comprar o vender. Por la tarde, la banda de música, a la que tanto debe este pueblo, alegra hasta el anochecer la convivencia de sus habitantes.

Pero es en el verano cuando las romerías y festividades religiosas llevan a los habitantes de la comarca de pueblo en pueblo: San Antonio de Padua y San Emetorio, en Gibaja; San Iñigo, en Bustablado; San Pedro, en Ramales; Santa Ana y Santiago, en Riba; San Félix y Nuestra Señora del Milagro, en Valle; los Mártires en Rasines, la romería de «Las Candelas», en Marrón; Santa Marina, en Udalla; Santiago, en Colindres, etc.

El hombre ha trazado sus rutas siguiendo el curso de los ríos. Primero, la calzada romana; luego, el camino real y después, el ferrocarril. Cuando se estudió en el siglo pasado el proyecto de este último de Santander a Bilbao, se pensó que pasara por algunos de los pueblos de la cuenca del Asón: Ramales, Gibaja, Rasines, Ampuero, Limpias, Treto, pero algunos se quedaron sin estación.

Desde Ramales, el Asón pasa por la izquierda de la carretera que conduce a Gibaja dejando a su paso el coto «El Negrillo», lugar apropiado para la pesca de la trucha y del salmón. A su vera se encuentra el parque público de Gandasón, donde pueden verse animales enjaulados y piscinas dedicadas a la repoblación de la trucha.

A esta zona le sigue el pozo de «Guardamino» y, más abajo, se hallan «La Vena de los Pinos», «La Cazuela» (pozo llamado así por su forma) y «La Llanilla», donde el agua se desplaza en forma laminar o, como

dicen los pescadores, constituyendo «una tablada». Poco después encontramos el coto del «Cuende», precioso paraje al que se llega por un camino que une el pozo con el alto de El Portillo. Es un lugar profundo que tiene contiguo un refugio de pescadores.

Siguiendo su curso aparecen las zonas salmoneras de «Las Yuelas» o Hoyuelas, altas y bajas. Al dejar Gibaja y su barrio de la Estación, forma los pozos de «La Barca de Gibaja» y el de «Peña Quebrada», éste muy frecuentado por los turistas. Aquí la carretera se bifurca y el río se adentra en el municipio de Rasines, si bien transcurre alejado del núcleo rural. Aguas abajo se encuentra «La Vena del Molino», lugar pintoresco y atractivo, donde el río se encaja formando rápidos y un pozo salmonero.

En este tramo, según me comunica Patricio Martínez, la geología es la causante del trazado angosto del río, que impone con la disposición vertical de los estratos rocosos el encajonamiento del río a favor de los mismos. Siguiendo su curso, el Asón se abre y choca con el talud de la carretera en «Laza», pozo situado encima de la presa de Batuerto. Existe allí una roca incisiva sobre el cauce, llamada la Peña del Portu, por ser el lugar elegido por un pescador de Rasines conocido con este nombre.

A los pies de la presa está el coto del mismo nombre o «Pozo de Franco», a causa de pescar allí el general anterior jefe de Estado, quien no tenía que ejercer la virtud de la paciencia, ya que los salmones estaban preparados para caer fácilmente en su caña. Con este motivo se construyó un puente que fue arrastrado por una crecida donde hoy se alza otro nuevo con un refugio. A su paso el río va ofreciendo una sucesión de cotos: «El Calvo», «Los Espumeros», «Vertederas», «El Canalucu», «El Sombrero», «Berezosas», etc.

El pueblo de Rasines perteneció, con el de Ramales, a la antigua Junta de Parayas y, según la tradición, los representantes de las siete merindades se reunían bajo un árbol cerca de la ermita del pueblo. En otros tiempos los carreteros del lugar se dedicaban a transportar los trigos castellanos hasta Laredo y retornaban con mineral para las ferrerías de Carranza, Ramales y Soba.

En el término municipal de Rasines se abre la cueva de Valle, de interés por su yacimiento prehistórico del Aziliense y del Magdalenense, descubierta en

1905 por Lorenzo Sierra y estudiada en 1909 y 1911 por el Institut de Paléontologie Humaine de París. En ella nace el río Silencio y es la principal entrada a un sistema kárstico subterráneo de varias decenas de kilómetros.

Rasines puede presumir también de tener una de las plazas de toros más antigua de España y, por añadidura, cuadrada, donde primitivamente se lidiaban durante las fiestas toros de raza Monchina, procedentes de los montes de Remedón.

El Asón hace de frontera natural entre Rasines y Ampuero desde el coto de «Berezosas» hasta el Barrio de Coterillo, con excepción de la pequeña desviación del límite, aguas abajo del Puente de Udalla. Otra serie de pozos se hallan en dicho tramo: «Pozo del Ahogado», «Santa Marina», «Pirulengo» (con refugio), «Roto de La Presa», «Rabacín» y algunos más hasta el Puente de Udalla, donde la carretera cambia de margen, cerca del lugar que preside el monumento al salmón.

Riqueza piscícola

La prolífica relación de los pozos evidencia la riqueza pesquera de este río en truchas y salmones. Pero la contaminación ha ido mermando la fauna de la zona y, al implantarse algunas industrias, hubo quejas de los pueblos por retrasarse, durante algún tiempo, la construcción de escalas salmoneras.

En Ampuero y Marrón la pesca ha tenido siempre mayor importancia que en otros lugares del trayecto del río, hasta el punto de figurar en algunos documentos como río Marrón.

Pedro Jusué recoge en su libro *Las regalías salmoneras* (1953) los privilegios pesqueros del monasterio de Oña en la comarca del Asón, según consta en la escritura de donación de los de San Pedro de Ramales, Nuestra Señora de Guardamino y San Emeterio de Gibaja al citado monasterio burgalés, otorgada por Alfonso VIII en 1170:

«Monasterri Sancti Emetherii de Egibaxa cum omnibus posesionibus suis, terris, vineis, pratis pascuis, melendinis, piscariis: necnon et monasteria Sancta Mariae de Guardamino, Sancti Petri de Ramales et Sancti Joannis de Riancho».

En su desembocadura, el Asón perteneció antiguamente a Laredo y dice el citado autor que «cabe consi-

derar la villa laredana como dueña y señora de las aguas del río Marrón, es decir, del tramo fluvial más importante para la pesca del salmón» (p. 326).

Ya desde el siglo XII algunas familias (Marrón, Arenas) tenían el privilegio de la pesca como dueños y señores de los pozos, si bien a cambio debían sostener unas becas sacerdotiales y un hospital para peregrinos en camino a Santiago de Compostela, atendido en Udalla por Hermanos de San Lázaro. En 1671 se aprobaron unas ordenanzas por las que se regulaba la pesca y se perseguía el fraude y el furtivismo.

Antaño los pozos salmoneros más conocidos eran «La Llanilla», «Sucuvio», «La Revilla», y «La Gargolla». En 1894, según apunta Jusué, los pueblos de la comarca del Asón dedicados a la pesca y explotación del salmón acordaron rematar juntos la subasta y repartir los beneficios.

Para la pesca empleaban anzuelos, nasas y redes llamadas salmoneras de diferentes dimensiones y calado en las mallas. Asistía a la pesca el Mayordomo con los trainadores. Luego se vendían los ejemplares para el consumo directo o para exportarlos, previo escabechado en Laredo. La época autorizada era de enero a junio, quedando prohibidas las capturas a partir de esta fecha, pero no siempre se comercializaban y, en ocasiones, servían de regalo.

Ciertos aspectos de la pesca fluvial en la cuenca del Asón en el siglo pasado los conocemos por un curioso epistolario cruzado entre Manuel San Pedro, vecino de Rasines, y Luis Calvo Agar, aficionado guipuzcoano a este deporte. El primero alecciona al vasco sobre la mosca artificial utilizada para la pesca del salmón y le hace ver cómo depende la captura de una perfecta imitación del insecto. Estas falsas moscas debían ser —le escribe en 1871— de pluma gallo de León o de pato macho, procurando elegir aquellas de tonalidades oscuras. En efecto, dos razas de gallo —el Indio y el Pardo— producen en los pueblos leoneses de La Candana, Aviados, Campohermoso y La Mata las mejores plumas de Europa para cebo.

El citado vecino de Rasines le indica la técnica del lanzado de la mosca y le señala los parajes y el horario mejor para la pesca, variable según las regiones y los ríos.

Por una de estas cartas sabemos que un diestro

pescador de Rasines, llamado Ceballos, anciano portero del Ayuntamiento, cobraba diez reales diarios en 1872 por enseñar a pescar a Luis Calvo, para lo que tuvo que trasladarse a San Sebastián.

Un ejemplo de la productividad de este río en sus mejores tiempos es que el tramo comprendido entre «El Descanso» y «Los Guindos» llegó a dar en un sólo día 50 salmones. En las proximidades del puente de Ampuero se han capturado también buenas piezas en el lugar conocido como «El Chopo». Al pie de la presa del pueblo se forma el pozo de los «Colaques», llamado así por ser el nombre local del sábalo, que se acerca a desovar en bandos en el mes de mayo. A la altura de este puente, el Asón recibe las aguas del Vallino, y dicha construcción limita el casco urbano de Ampuero con el barrio de Marrón.

La comarca del bajo Asón

Ampuero ostenta la capitalidad de la comarca del bajo Asón. Es un pueblo con gentes alegres, emprendedoras y con imaginación. Ya desde los primeros años del siglo tuvo plaza de toros, un teatro cinema y varios periódicos locales. En su escudo figura la Pinta, de la que fue Gómez Rascón, originario de este pueblo, condeño con el vecino de Palos Cristóbal Quintero. El Santuario de Hoz de Marrón presenta al culto la imagen de Nuestra Señora de la Bien Aparecida, patrona de Cantabria. Un hijo de este pueblo, Juan de Espina (1563-1643), tuvo fama de hombre erudito, científico y nigromante, al que Marañón denomina «el Pontífice de los hombres raros de todos los tiempos».

Sus ferias y mercados tienen una gran antigüedad y le fueron concedidos por un Real privilegio «para remediar en parte los daños causados por una gran crecida de los ríos Asón y Ruahermosa, que llevó puentes y casas y esterilizó las mieses por algunos años». Los desbordamientos han causado en diferentes épocas la destrucción en la comarca de puentes y de barrios con pérdidas, incluso, de vidas humanas. Carlos III otorgó, en 1704, este privilegio de tener feria al Santuario de Hoz de Marrón, renovado por Felipe V

en 1765. Sin embargo, el mercado y la feria de Ampuero son más tardíos y proceden, respectivamente, de 1816 y 1853.

Una de las actividades deportivas más señaladas del pueblo es la competición internacional del descenso del río Asón con piraguas, que parte del puente de Ramales y termina en el de Ampuero.

En Limpias, el Asón da lugar a una ría de singular belleza, que es aprovechada por las aves acuáticas. El pueblo fue villa dependiente del Señorío de Vizcaya y tuvo una gran importancia como núcleo de tránsito entre Ramales y Laredo y por el comercio realizado a través de su puerto del Ribero, el más importante de la comarca, por donde se exportaba madera, mineral de hierro, agrios y el chacolí, que se solicitaba incluso de Méjico. Antaño tuvo un astillero en «Los Vasos de Angostina».

En su iglesia parroquial de San Pedro se venera la imagen del Santo Cristo de la Agonía, del siglo XVII, que procede de Cádiz por donación de Diego de la Piedra Secadura. Es una talla con una cabeza de gran perfección y belleza, que ha sido y es motivo de atracción religiosa, debido a serle atribuida determinadas manifestaciones milagrosas.

La ría de Limpias y la de Rada conforman la de Treto o Colindres. Por ésta el Asón, después de un largo recorrido, se aproxima al mar para morir. Va dejando en su descenso puertos que, como este último, tuvo en otros tiempos un antiguo astillero.

En su curso, el Asón atraviesa una comarca con villas y pueblos que tuvieron un abundante protagonismo histórico. Tierra de hidalgos y de indios, sus hijos fueron también artífices, virreyes, políticos y religiosos notables. No se puede recorrer estos pueblos sin pararse a ver sus iglesias y casonas. La ruta del Asón es una de las más bellas de Cantabria y no le faltarán lugares al viajero donde comer bien.

Los ríos también mueren y el padre Asón, ya viejo y cansado, procuró él mismo elegir el lugar adecuado para agonizar, y quiso hacerlo entre Laredo y Santoña para que las dos villas presumieran de ello y para que no pudieran esta vez discutir.

Benito Madariaga de la Can

